

Publicado el 8 de enero de 2009.

La Vergüenza del Fantasma,

Nestor A. Braunstein Iliovich

Transcripción del audio a la letra:

Víctor Castro Santillán

89 años. ¿Por qué esperar a que los años terminen en cero para hacer el festejo? A mí me parece conveniente que, como los cumpleaños del rey, se festejen todos los aniversarios e incluso, como los cumpleaños de “Alicia en el País de las Maravillas”, se festejen también los días de no cumpleaños; con lo cual fomentamos mucho más grandemente la capacidad y la cantidad de posibilidades de celebrar los hechos que verdaderamente merecen ser conmemorados. También por eso me parece interesante articular esta conferencia con la que haremos el miércoles 12 de noviembre a las siete de la tarde con la presencia de Lidia Agazzi del Círculo Psicoanalítico Mexicano, Helí Morales de la Red Analítica Lacaniana (REAL) y Alberto Sladogna de la E.L.P; en la que presentaremos un libro que se llama, sorprendentemente “*Cien años de novedad*”: *La moral sexual cultural y la nerviosidad moderna de Sigmund Freud (1908-2008)*. Ese volumen es conmemorativo de un artículo de Freud publicado en 1908; ahí sí nos esperamos hasta tener dos ceros para relacionar los cien años de la novedad del análisis con lo que ha sucedido en la moral sexual desde hace cien años. El libro incluye el artículo de Sigmund Freud, y luego hay ocho artículos escritos por diez psicoanalistas, cinco brasileños que escriben en portugués y 5 que escriben en Argentina, en Francia y en México y redactados en español. Se edita simultáneamente en Río de Janeiro y en México, Siglo XXI y se presenta en el Salón de Actos de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Ese libro tiene la más íntima relación con “Pegan a un niño”, que estamos celebrando ahora y como encabezado hemos puesto en la portada una imagen que no ha sido vista sin un sentimiento de escándalo por todos los ya la conocen. La portada del libro, que ya está diseñada por los artistas de Siglo XXI, en verdad no deja indiferente a nadie, porque incita al escándalo o produce el entusiasmo tanto de un lado como del otro. Por ello me gustaría ver que reacción van a tener ustedes frente a la

Publicado el 8 de enero de 2009.

portada de “*Cien años de novedad*”. A mi me parece, yo la escogí, que es ilustrativa de aquello de lo que se trata y el escándalo puede ser el escándalo de la novedad que representa el psicoanálisis en cuanto a la sexualidad.

Bueno, estudiar y desarrollar “Pegan a un niño” es para mi un ejercicio que vengo realizando a partir de 1991 cuando en un volumen titulado “*La clínica del amor*”, que estuvo a mi cargo, di a conocer un texto que se llama “Mi papá me pega (me ama)”. En ese artículo sostenía algunas tesis que han tenido alguna repercusión, diría yo, más fuera de México que en México. Ese artículo forma parte también del libro “Freudiano y Lacaninano”, que publiqué en Buenos Aires en 1994, y está incluido en el libro “*Depuis Freud, après Lacan*” que presenté a comienzos de este año en París, con la presencia de Gerard Pommier y Paul—Laurent Assoun, que discutieron y se detuvieron particularmente en este artículo sobre “Mi papa me pega” y que fundamentalmente transmite estas ideas: el fantasma de “pegan a un niño” —que en última instancia remite a soy pegado por mi padre— es un fantasma universal. Es un fantasma fundamental que debe sumarse a la lista de los fantasmas de la especie, de los fantasmas originarios, que son el de seducción, el de castración y el de la escena original. En última instancia, ser pegado por el padre equivale a ser castrado por el padre y que lo que Freud desarrolla en ese texto es un tema que constituye un nudo esencial en la formación del sujeto humano, tal como se revela en la experiencia psicoanalítica.

Esa es la segunda tesis que es lacaniana: ser golpeado por el padre es un camino hacia la subjetivación, es entrar a la vida a partir de la seducción materna, esta tesis de Jean Laplanche, tesis muy difundida, de que entramos a la sexualidad a partir de una seducción materna, idea que ya figuraba en el artículo de “Para introducir el narcisismo” de Freud de 1915. Es por ese camino que nos introducimos en la sexualidad, la madre tocándonos, hablándonos, mirándonos, acariciándonos, va particularizando nuestras zonas erógenas desde la infancia. Esa seducción es una seducción de la que el sujeto debe emanciparse de alguna manera, y la manera de salir de ella es mediante la operación de la ausencia de la madre y a través de un cierto castigo que significa el reconocimiento de ese deseo engendrado por la madre, al cual el hijo quisiera responder. El padre es el agente de esa operación, el padre castrador, el padre que con

Publicado el 8 de enero de 2009.

su golpe (puesto que la castración es una castración simbólica), pero el golpe es un golpe real en el sentido de que corta y prohíbe, de que separa al hijo de la madre, introduce en el camino de la subjetividad, separa a la criatura del goce originario, goce del ser, que desarrollamos en el capítulo 2 de “Goce, un concepto psicoanalítico”, separa al niño del goce del ser y lo envía al goce del significante, al goce semántico, al goce fálico. De esa manera, el golpe del padre faliciza al sujeto al separarlo de la condición de objeto parcial a disposición de la madre.

Esa es la segunda tesis de este artículo de 1991, que es, como digo, recuperación y refrendo de una tesis lacaniana.

La tercera tesis que incluye el artículo que publiqué en ese año ‘91, es la de que se impone cambiar el orden del fantasma tal como lo describe Freud. Basándome en Freud, es decir en los artículos de Freud que son posteriores al texto de 1919, llego a la conclusión de que el texto de Freud es un adelanto de algo que sólo se va a entender después, cuando Freud en 1921 proponga la concepción de la pulsión de muerte como primitiva. Cuando Freud pase de la idea de que el sadismo es lo originario a la idea de que el masoquismo es lo originario, en sus artículos sobre el más allá del principio del placer y sobre el problema económico del masoquismo; cuando Freud pase de la idea de que el complejo de Edipo no es el complejo fundamental de las neurosis, sino que lo es el complejo de la castración y que la situación de ser golpeado es la situación de ser castrado, pasado al campo de la feminidad, parir, tener dolor en el momento de ser pasivizado por la actividad del otro, es partir de todas estas tesis que Freud elabora en los años 20 que se puede comprender en 1919, cuando enuncia su fantasma de *Ein Kind wird geschlagen* no había tenido la idea de que el primer momento del fantasma es “mi papa me pega” (“soy pegado por mi padre”). A lo cual, sucede un segundo movimiento que pasa del “ser pegado” al “papá pega a mi hermano, que es mi rival”. Éste, para Freud, era el primer momento del fantasma y, según él sostenía, era el segundo momento inconsciente, imposible de recuperar en el análisis, que debía ser construido por el analista, la fase del fantasma de ser golpeado por el padre. En este punto pretendemos corregir a Freud desde Freud; ese —para él— segundo momento, creo yo

Publicado el 8 de enero de 2009.

que, a partir de varios trabajos ulteriores del propio Freud, debe ser considerado el primer momento. Si no puede ser recordado no es porque haya sido sometido a la represión, sino *porque es anterior a la represión*, es lo que no puede recordarse, es lo fundamental, lo fundante, lo que envía al sujeto a la existencia. Y luego sobreviene el tercer momento, el momento en que el sujeto se des-prende de su participación en el fantasma y ya, por culpabilidad frente al hecho de hacer golpear al hermano, al rival; lo objetiva, lo transforma en un impersonal *man* en alemán, *on* (en francés): un niño es pegado, es *geschlagen* ; el niño azotado puede ser cualquiera: no tiene rostro, no tiene una relación personal con quien, como sujeto, organiza el fantasma. Entonces tenemos esta secuencia que es absoluta y rigurosamente freudiana aunque Freud no la plantea en esos términos por que aun no está, en 1919, en condiciones de plantear esa sucesión que nosotros pretendemos rectificar diciendo: lo primero, lo que no es recordable porque nunca ha sido objeto ni ha estado presente en la conciencia, es esta función del padre separando del goce de la madre, donde el niño es falo, pero falo de la madre, objeto parcial, objeto @ de la madre. Y ésto es lo que lo llama a la subjetividad, Después puede aparecer la cuestión con la rivalidad con el hermano y más tarde la impersonalización del fantasma como participio pasado “es pegado”.

De todos modos no es esa repetición, recordación de las tesis que sostuve hace 17 años, lo que me mueve a aceptar la invitación que me hacen los compañeros para participar en este encuentro, sino un fenómeno, algo que esta en la primera línea del artículo y que llegó a presentarse como título para la exposición: la vergüenza por la confesión del fantasma. El artículo comienza con la primera línea: “La representación fantasía “pegan a un niño” es confesada con sorprendente frecuencia por personas que han acudido al tratamiento analítico a causa de una histeria o de una neurosis obsesiva”. Es decir, si bien el artículo lleva un subtítulo sobre la génesis de las perversiones, lo que se aclara con toda precisión desde el principio es que se trata de neuróticos, de neuróticos que tienen esta representación-fantasía es decir, este guión fantasmático, este *script*, este escenario, donde hay una representación que ellos organizan mentalmente y que es “confesada con sorprendente frecuencia”. La confesión implica hacer una violencia a uno mismo, reconocer en sí mismo algo que uno preferiría que no estuviese. Y unas

Publicado el 8 de enero de 2009.

líneas más adelante, siempre en la primera página, encontramos que Freud dice: “La confesión de esta fantasía solo sobreviene con titubeos. El recuerdo de su primera aparición es inseguro, una inequívoca resistencia sale al paso de su tratamiento analítico; y la vergüenza y el sentimiento de culpa, quizá, se movilizan con mayor rigor en este caso que a raíz de parecidas comunicaciones sobre los comienzos recordados de la vida sexual”. Vale decir que nos encontramos ante un punto de máxima resistencia: *la confesión del fantasma*, una confesión que el sujeto no hace de buena gana, una confesión que, de alguna manera, el psicoanalista tiene que arrancar durante o después de un periodo de tiempo más o menos prolongado, que a veces no llega nunca a producirse, que a veces no se llega a alumbrar, es decir, a echarle luz encima a lo largo de un “completo” tratamiento psicoanalítico. El sujeto resiste a la confesión del fantasma; el analista lo sabe muy bien porque él también ha resistido a la confesión del fantasma. Pues la confesión del fantasma es algo de lo más escabroso que puede obtenerse en el tratamiento psicoanalítico. Es algo que el sujeto resguarda celosamente, es su secreto, aquello que no habla con nadie, aquello de lo que no habla tampoco con su partenaire sexual. Es algo que constituye la esencia de su éxtima intimidad, de su ser que se aprovecha de la reconocida característica del fantasma: no es ni consciente ni inconsciente, es un mestizo que vaga por las fronteras entre la conciencia y la inconsciencia, dice Freud en 1916, en las conferencias de introducción al psicoanálisis, que posee una doble naturaleza, y siempre se mantiene secreto; una doble naturaleza que lleva a que sea *suprimido* en el sentido de que uno lo sabe pero no se lo cuenta a nadie, y en el sentido de que sea *reprimido*, en el sentido de que uno lo sabe pero no se lo cuenta ni siquiera a sí mismo. Es lo oculto por naturaleza, el núcleo de nuestro ser, aquello que lleva a las claves y que guarda los secretos y misterios de la excitación sexual. ¿Qué es lo que produce la excitación sexual? Ustedes saben que vivimos en un siglo donde el saber sexológico se despliega a manos llenas, se instruye a los niños sobre sexo desde la pequeña infancia; las cosas han cambiado en este “siglo de novedad” que lleva la vida del psicoanálisis, desde 1908, cuando no se hablaba, y se contaba de la cigüeña y de los repollos y no se cuántas otras estupideces a este momento en que los chicos están completamente “informados” y hasta dar conferencias de sexología.

Publicado el 8 de enero de 2009.

Ustedes saben que se ha desarrollado la sexología como una rama de la psicología, que se investiga estadística y sociológicamente, y aparentemente trata de dilucidar los fenómenos y los variados (cariados) aspectos del sexo. Ustedes saben que con sustancias químicas como el Viagra se consigue que los hombres puedan superar episodios o estados de impotencia, que se pueden conocer los centros hipotalámicos y los centros subcorticales que están comprometidos con la excitación sexual. Ustedes saben que se puede conocer de qué maneras y con que técnicas se pueden excitar distintas zonas erógenas para producir excitación sexual. Todo eso es de conocimiento común y hay talleres de sexología, hay talleres de sexo tántrico y hay toda clase de maneras de instruirse, hay una poderosa industria pornográfica que vende a troche y moche películas, relatos, imágenes, fotografías, revistas, que tratan del tema y que los sex shops son un negocio lucrativo y reciente en buena parte de nuestra colectividad. No se sorprenderán tampoco si encuentran al dueño del *sex shop* o al vendedor, al empleado vendedor leyendo a la entrada de su butique... ¿Qué lee? *Ovaciones*, *Cancha*, la sección deportiva de *Reforma*; porque todo eso que prolifera alrededor de él, en verdad le aburre, no le interesa y no tiene ningún sentido. Los consumidores mismos acaban después de un tiempo aburriéndose de aquello que se vende como instigación para la excitación sexual. Porque el secreto de la excitación sexual no está adentro de la cabeza y debajo de la corteza, no está en la irrigación peniana, no está en la calentura que se puede provocar en hombres y mujeres afectando esta o aquella zona, sino que el secreto está precisamente en lo inexplorado e inconfesable: el fantasma. Es aquello a lo que se dedica Freud en este artículo; nos dice justamente como “En la situación representada se abre paso casi regularmente una satisfacción onanista obtenida en los genitales, por tanto al comienzo por la propia voluntad de la persona pero luego también con carácter compulsivo y a pesar de su intento”. Es decir, un fantasma que se hace fuente de la excitación pero se hace también fuente y causa de un cierto dolor al que el sujeto quisiera rechazar, pero que vuelve y vuelve una y otra vez hasta hacerse compulsivo, es decir egodistónico, inaceptable para él.

Publicado el 8 de enero de 2009.

Esta idea de “Pegan a un niño” habría que escribirla también en inglés: “*A child is abused*”, porque abusado es golpeado, pero también abusado sexualmente, los dos sentidos confluyen, y ese sentido es una expresión muy valiosa de la lengua inglesa, *abused*. Recuerdo una vez que vinieron mis queridos amigos Ed Robins, de Nueva York y Claus-Dieter Rath de Berlín: quería demostrarles yo qué era lo típicamente nacional. Entonces yo, mexicanizando a mis amigos alemán y gringo, los llevé a tomar pulque, lo probaron y el gringo, tal vez por complacencia, dijo: “¡Me gusta mucho!” y el alemán le contestó: “*Have you been abused as a child?*”, es decir, ¿abusaron de ti cuando eras niño?, (...) esa cosa pegajosa (risas del público) ese es el abuso sexual (...) darle pulque (más risas) ¿cuál sería un equivalente del pulque en el paladar?. Entonces, esta idea del niño siendo abusado, abusado para nosotros en México tiene otro sentido: que se es “listo, abusado”; pero haber sido abusado en el sentido gringo, inglés de la palabra, a *child is abused*, Woody Allen(?) decía en algún momento para él los políticos estaban moralmente un paso por debajo de los pedófilos, de los que abusan de niños. Vale la pena recordarlo, porque Woody Allen es, tal vez, uno de los que mejor trabajó la cuestión del fantasma sexual con la máxima profundidad y poniéndolo en términos cómicos, en esa película que todos ustedes recordarán que fue “*Todo lo que usted quiso saber del sexo y no se atrevió a preguntar*”, con sus siete episodios que incluyen el del afrodisiaco que le ponen a la reina, el de el travesti viejito que se hace robar la bolsa y se encuentra rodeado de gente que quiere gozar de él, el del pecho enorme que anda campante y rampante por el campo, y la única forma de atraparlo es poniéndole un brassier, también enorme, para agarrarlo y volverlo a la jaula porque el pecho es un agente peligroso; el del psicoanalista que recibe al paciente turco que se coge a una cabra y acaba el psicoanalista enamorándose de la cabra; el de los espermatozoides que están esperando la eyaculación y no saben qué es lo que va a pasar con ellos y piensan que podrían terminar, si es un onanista podrían terminar en una tasa de excusado, o poder chocar contra la superficie de látex de un condón, o podrían ser lanzados como el cetro espacial de Houston, hacia el espacio sin saber cuál es el destino que les espera en el espacio exterior.

Todo esto parece broma, pero son verdaderas escenificaciones del fantasma sexual. A mi me parece, algo que también tiene que ver con “Pegan a un niño”, en otra escena que

Publicado el 8 de enero de 2009.

me estaba olvidando: aquel famoso sketch de la mujer que solo puede gozar si el acto sexual se da en lugares donde puede ser sorprendida por alguien, es decir, en lugares donde sea peligroso realizar el coito; sólo ahí no es frígida. Y por cierto que eso me llevaba a pensar además en el famosísimo libro, vendido por millones de ejemplares de “*La vida sexual de Catherine M.*”, publicada en español por Alfaguara, donde esta famosa mujer que, digamos, estamos celebrando los 89 años de “Pegan a un niño”, pero podríamos festejar —¿por qué no?- los 60 años que cumple en 2008 Catherine M., autora de esta desvergonzada novela, no novela, de esta desvergonzada autobiografía sexual de ella, editora de una famosísima y muy cotizada revista de arte en París, curadora de las secciones francesas de las bienales de Venecia de São Paulo. Una persona reconocida, casada con alguien que es también un novelista y crítico de arte muy destacado, y que cuenta su vida sexual con absoluta desvergüenza, sin absolutamente nada de pudor, pero también sorprendentemente sin hacer uso de la referencia del fantasma. Es decir, en el acto sexual o en la vida sexual, ella identifica ahí 49 amantes a los que puede reconocer por nombre y apellido, pero no habla, no puede hablar, no lleva la cuenta de los centenares que la han cogido sin que jamás halla tenido ningún contacto personal con ellos, a veces en orgías donde había hasta 150 hombres, y cuenta entonces cómo y qué hacía con todas las vergas que tenía a su disposición pero el fantasma no aparece por ningún lado, es decir: es un relato *objetivo*. Una periodista mexicana, escribiendo en Letras Libres dice: “*Millet se propuso relatar su vida sexual con la frialdad de objetividad con que escribe sus ensayos sobre arte contemporáneo*” Y cita a Millet: “*mi referencia es el formalismo, analizar al objeto al margen de lo que le rodea*”. *Eso cuando el objeto es el sexo significa separar el cuerpo y la mente, es una dualidad que Descartes ya patentó en el siglo XVII, la vanguardia siempre tiene viejos padrinos. El ámbito de lo privado, sensaciones, sentimientos, deseos no tiene aquí cabida. La autora está desnuda, pero oculta; esa extraña sensación de asimetría la refuerza en lenguaje, un híbrido donde conviven lo aséptico, lo pedante, lo kitsch y lo vulgar. El gusto está en que el olfato y el oído están supeditados en el relato a la vista, el sentido que es directo por antonomasia. Es importante también el punto de vista: la mirada de Millet era la de un realizador de películas pornográficas, el foco ilumina su cuerpo y confunde en una gigantesca hidra anónima de múltiples vergas a los hombres*

Publicado el 8 de enero de 2009.

que la rodean. Sus palabras tienen un referente concreto, es posible visualizar el sexo, las nalgas, las tetas o la boca de la autora gracias al libro de fotografías realizadas por su marido que salió a la venta en Francia al mismo tiempo que “*La vida sexual de Catherine M*”. Es decir que el libro iba acompañado de un libro de fotografías y de un video realizado por el marido sobre las acciones del cuerpo de su mujer.

¿Qué significa esto? Que la vergüenza ha desaparecido y entonces no se confiesa el fantasma, pero de todos modos el fantasma sigue siendo protegido por la vergüenza. Lo que se exhibe se muestra de una manera que la hace, además, millonaria —se venden millones ejemplares del libro en todas las lenguas a las que ha sido traducido—; se venden el libro, el video, la revista con las fotos de esta señora Catherine Millet y eso es industrial, se produce industrialmente. Vivimos en la época de la desvergüenza, y ese es uno de los cambios de la moral sexual, de la que hablamos, desde 1908 a 2008. ¿Se ha ganado algo? ¿Se ha perdido algo? ¿O se mantiene en última instancia la misma represión en la medida en que precisamente del fantasma es de lo que no se habla? Quiero decir, es de lo que no se habla en el libro de Catherine Millet, pero hay muchos escritores que sí se han aventurado con el fantasma, y dentro de ellos tenemos que mencionar, desde el gran antecedente, pero que en última instancia acaba en la literatura aburridísima del Marqués de Sade, a Oscar Wilde, a Jean Genet, a Henry Miller, a George Bataille. George Bataille, es interesante el ejemplo de George Bataille, ustedes saben, primer marido de Sylvia Maklès, posteriormente Lacan; padre de Laurence Bataille, una hija que tuvo con Sylvia y que fue adoptada por Lacan, y que llegó a ser mi íntima amiga. Conversé con ella unas cuantas veces, y tengo un recuerdo precioso de su persona. Ya falleció, lamentablemente, joven, de un cáncer hace unos cuantos años, y Laurence, un día en que me había mostrado el retrato que le había hecho Balthus y que colgaba en su recámara, ese día, le pregunté por su padre y me dijo: “Hay cosas que cuando uno tiene hijos, no debería escribir”. El autor de, ustedes saben, “*Mi madre*”, “*Historia del ojo*”, etc. Me decía Lawrence que ella experimentaba el sentimiento de la vergüenza por la manera en que el padre había confesado, mostrado sus fantasmas e inventado unos cuantos otros nuevos fantasmas. Ella, la hija, estaba, de alguna manera, avergonzada por esos escritos del padre, un extraordinario filósofo del erotismo,

Publicado el 8 de enero de 2009.

precisamente, que fue una de las personas que mas influyó sobre la vida y la obra de Lacan.

Es la cuestión de la vergüenza: vivimos en una época en donde la vergüenza se ha perdido. ¿Qué es esto? ¿Un prejuicio de alguien que quiere volver a tiempos pasados? ¿O es continuar la lección de Lacan, cuando al terminar sus seminarios sobre el revés del psicoanálisis en 1970 después de los acontecimientos de París, de 1968; Lacan le dice al público de su seminario: “*lo que quiero es llevarlos a que se avergüencen*”. A sostener ese límite que es el de que “no soy transparente para ti, tengo algo que, en el mejor de los casos y después de mucho tiempo de vencer enormes resistencias, podría confesarle a mi analista”. Ese “algo” es el hecho de que en el punto más íntimo de la excitación sexual hay algo que tiene una íntima relación con la pulsión de muerte, con la hostilidad, con el odio, con el impulso de golpear, de humillar, de descalificar, de devaluar al otro.

Pegan a un niño, un niño es pegado, pegan a un hermano, mi papá me pega; eso es algo que constituye el secreto más íntimo de mi vida sexual, algo que yo no le podría confesar a nadie, por la vergüenza, por no poder después dar la cara, ser mirado por el otro, toda vez que el otro sepa de mi fantasma. Y eso es desarrollar a fondo la tesis freudiana de 1919, “Pegan a un niño” es el origen del fantasma; ese fantasma que, por otro lado y de una manera confluyente, convergente con la de Freud, explora a partir de 1920 Melanie Klein. El fantasma originario del niño es que ante la falta del objeto gratificante, la falta de ese pecho, ese pecho enorme que persigue a Woody Allen en el episodio, en el *sketch* de “*Todo lo que usted quería saber sobre el sexo*”; sobre ese pecho se proyecta la pulsión de muerte del niño y el niño empieza a vivir temiendo la persecución por parte del objeto de su deseo. El secreto de la vida sexual de ustedes, mía, de todos, sostengo, está justamente en el hecho de que lo que no puede conocerse: es ese origen del fantasma en la relación que tiene mi fantasma con el fantasma del otro en el sentido en que el fantasma del otro es simétrico de mi fantasma y que en el otro también existe tal fantasma y que entre los dos fantasmas no hay confluencia, y esa es una de las causas por las que la relación sexual no existe, porque no podemos armonizar el fantasma hostil de uno con el fantasma hostil del otro. Lo que podemos hacer es desarrollar un sentido, un sentimiento, el sentimiento del amor que consiste en:

Publicado el 8 de enero de 2009.

sabiendo que tu fantasma es igual que el mío, y por lo tanto que no puede haber contacto de armonía entre los dos fantasmas podemos respetar el fantasma del otro. El amor es el respeto al fantasma del otro, aún sabiendo que ese fantasma del otro es simétrico al nuestro. “*El respeto al fantasma ajeno es la paz*” (risas). Eso es lo que está en juego en el encuentro sexual, eso es lo que los psicoanalistas no se atreven a explorar, porque díganme ustedes, ¿donde hay un estudio psicoanalítico que vaya a fondo sobre esta cuestión?, fuera de algunos avances de Robert Stoller, el psicoanalista amigo de Michel Foucault, que lo llevó a California, y que compartió con él muchas de las experiencias aunque él no participaba de la misma manera. Es el momento de comentar que las experiencias en las que Foucault se vio comprometido en San Francisco que tienen que ver también con esto de que el fantasma es el último reducto de la intimidad, de esa intimidad sexual que nos lleva a avergonzarnos de nosotros mismos. Esa vergüenza no es un sentimiento negativo salvo cuando se exagera y se transforma en timidez, se transforma en inhibición, se transforma en angustias fóbicas frente a la posibilidad de realizar el deseo, se transforma en un obstáculo que obsesiona al sujeto que tiene, por ejemplo, que ligar a toda costa y va corriendo detrás del ligue y mientras más va corriendo, más miedo tiene de que el ligue se produzca y entonces más rápido termina huyendo aterrado de la “peligrosa” posibilidad de ese ligue.

Esta idea de que el Otro goza, de que el Otro goza de mí, de que el Otro goza de mí haciéndome sufrir y haciéndome doler, de que hay un goce maldito, que es el goce del Otro, que es el goce de la madre en el momento en que priva del pecho al hijo, que provoca ese sentimiento de hostilidad hacia la madre, y el temor de que la madre, conociendo el fantasma, pudiera vengarse. Razón por la cual hay que sostener con decisión, más que nada, la intimidad de ese fantasma, porque si el Otro se apodera del fantasma, entonces nosotros dejamos de existir, perdemos el núcleo de nuestro ser y quedamos a su merced.

Acabo de ver una producción maravillosa de una ópera, representada en el Covent Garden en 2006, la música es del gran director de orquesta, que por primera vez, que yo sepa, produce una composición musical, seguramente ha hecho muchas otras antes, que se llama Lorin Maazel. Lorin Maazel pone en escena de una manera apabullante la novela de Orwell “1984”, que tiene tres formas, una perfecta ideal, que es la novela

Publicado el 8 de enero de 2009.

publicada en 1949 por George Orwell; yo recuerdo la leí en 1952, tenía once años y pobló mis pesadillas durante dos años seguidos. La versión cinematográfica, que no está mal pero tampoco es nada del otro mundo, de Michael Radford, en 1984, precisamente “1984” era el título de la película en el año de la producción con John Hurt y Richard Burton. Y esta versión operística, maravillosamente puesta en escena en Londres, donde el poder del Big Brother tiene que apropiarse del fantasma del sujeto para utilizarlo como arma para destruirlo, apoderarse de aquello que él más teme, de aquello que él imagina como lo peor, las ratas que vienen a comerle el rostro, ese fantasma del hombre de las ratas metidas en el ano de los torturados en China que es al mismo tiempo el fantasma que está en “La filosofía del tocador” de Sade, el de meterle una rata en la vagina a la madre y coserle los labios para que la rata se quede ahí adentro; ese fantasma sádico, terrorífico que se escenifica en “1984” y que resulta en la imposibilidad de que, a partir de eso, el sujeto pueda amar a nadie más que al Big Brother. Esa escenificación del fantasma, en la novela de Orwell, en la ópera y de alguna manera secundaria también en la película, es modélica para lo que puede suceder en el siglo XXI, en un siglo en que se habla esa no-lengua, que escuchamos en nuestros jóvenes que es un solo adjetivo que es “padre”, y cuando tienen que decir algo más dicen “padrísimo”, y si les dicen: “oye, ¿pero por qué padre, padrísimo?, ¿no puedes decir algo más claro?” ”Ah, sí, es que es “súperpadre”. Que significa que el vocabulario va teniendo cada vez menos palabras hasta el momento en que, como lo pretende el Big Brother, ya no se pueda pensar porque no hay palabras para los pensamientos, que hay que empobrecer el lenguaje, empobrecer el vocabulario para que el fantasma se vea privado de palabras. Y entonces que el sujeto sea sometido al poder omnímodo de ese padre que golpea y que se transforma en objeto perseguidor, el que, en el caso del fantasma de “Pegan a un niño”, que puede proyectarse y que de hecho se proyecta muchas veces sobre el analista: el analista quiere hacerme daño, el analista usa palabras, y el analista formula interpretaciones que son persecutorias y que en última instancia corresponden a un fantasma que puede estar en el analista mismo: tengo que arrancarle el fantasma a este sujeto. Es decir, el analista visto como el Gran Inquisidor, como aquel al que hay que quitarle el secreto, aquel al que hay que llevarlo a confesar. Es entonces

Publicado el 8 de enero de 2009.

que el analista podría empeñarse en obtener la confesión del fantasma y recrear la situación sadomasoquista del fantasma del padre en la relación analítica con su paciente. Esto es lo que podemos desarrollar a partir de “Pegan a un niño”, que nos confronta con “Lo ominoso”, escrito por Freud al mismo tiempo que “Pegan a un niño”. Freud trabajaba en 1919 en tres mesas al mismo tiempo, escribía “Pegan a un niño”, escribía “Lo siniestro, lo ominoso”, y escribía “Más allá del principio del placer”, al mismo tiempo. Hay que ver el profundo parentesco que existe entre los tres textos. Ellos están revelando lo insoportable, por supuesto eso que los analistas gringos no podrían aceptar, los psicoanalistas gringos se encargaron de controlar el movimiento psicoanalítico internacional, y por eso, en el fondo por eso, es por lo que Lacan es inaceptado, porque venía a desenterrar esta verdad freudiana que el “pensamiento ortodoxi” se empeñaba en sepultar con el nombre de “psicología del yo” y de ligar con el conductismo, con las estadísticas, con la investigación “*objetiva*”, con todo aquello que permite aprobar una tesis en la Facultad de Psicología de la UNAM.